

za española voló á la Andalucía á alistarse en sus banderas, y á entrar con él en las sendas de la gloria y de la fortuna. La porfía y la concurrencia era tal, que hasta los soldados que componian la infantería y guarda ordinaria del Rey se iban sin su licencia para el Gran Capitan, siendo de todas partes, pero mas del Andalucía, infinitos los caballeros que se ofrecian á servir sin sueldo por marchar con él. Gonzalo con su generosidad y afabilidad natural los recibia, y con celeridad increíble corria de unos pueblos á otros, apresurando los preparativos de la expedicion, y aprestando la partida.

Pero esta llamarada de nobles esperanzas no duró mas que un momento. A la primera noticia que el Rey tuvo de que las cosas de Italia iban mejorándose, y de que los franceses no habian sabido sacar partido de aquella gran victoria, dió las órdenes para que se deshiciera el armamento, y para que el Gran Capitan sobreyese en su partida. Ya estaban hechos todos los gastos, los preparativos completos, algunas tropas embarcadas, y Gonzalo en Antequera acelerando la salida cuando llegaron estas órdenes. Nunca fué recibida con tanto dolor y consternacion por ejército ó general ninguno la noticia de una derrota completa, y del último infortunio; y aquel héroe, que adversidad ninguna, ningun trabajo pudo contristar, se vio vencido por este contratiempo, y apenas poder disimular en el semblante el negro luto de que su cora-

zon estaba vestido. Convocó á las tropas, las animó á la alegría por la mejora que habian tenido los negocios públicos, les prometió recomendar al Rey su buena voluntad, y los sacrificios que habian hecho en aquella ocasion, y las pidió que esperasen tres dias para hacerles alguna demostracion de su agradecimiento, por el zelo con que le habian querido seguir. Al cabo de este tiempo hizo venir al campo de Antequera en dinero, joyas y vestidos hasta cantidad de cien mil ducados, y los repartió generosamente por los oficiales y soldados del ejército. Representábale un doméstico suyo la exorbitancia de aquella liberalidad, y el empeño en que se metia por ella: *Dadlo*, contestaba él, *que nunca se goza mejor de la hacienda, que cuando se reparte.*

Habiendo asi cumplido con los soldados, volvió su ánimo á manifestar al Rey el profundo sentimiento que aquel trastorno le causaba. Otro que él hubiera tenido á fortuna, que en el aprieto en que la batalla de Ravena habia dejado las cosas, toda Italia y toda España hubiesen vuelto á él los ojos, y cifrando en él solo su remedio, fuesen como á implorarle en *aquellos agujeros de las Alpujarras*, que asi llamaba á Loja. Mas lleno ya el pensamiento de cosas grandes, preparado á quebrantar con nuevos servicios y nuevas glorias la envidia de sus émulos; su mayor dolor, al tener que sacudir de sí aquellas ilusiones, era creer que las malas sugestiones de los envidiosos fuesen causa de tanta



novedad. Escribió pues al Rey una carta llena de quejas y de amargura. Preguntábale "si sus reinos y sus estados habian recibido por su medio alguna mengua ó deshonra; si no era cierto que de todos sus súbditos él era quien mejor le habia servido, quien mas habia acrecentado su poder: que siendo esto así, ¿por qué en su patria, donde es tan natural que todos quieran alcanzar alguna honra, él habia de pasar *por la grito de tanto disfavor?* Mas parecia esto venganza que otra cosa, y venganza de ofensas soñadas solamente por la malicia de los que no sabian con otros medios merecer el lugar que tenian cerca del Rey. Al fin él, acostumbrado á sufrir, podria llevar esto en paciencia; pero dolíale el daño padecido por muchos que habian vendido sus haciendas, y desechado buenos partidos por servir en aquella expedicion, los cuales estaban todavía sin gratificacion ninguna. Yo (añadía) no tengo mas premio que la obligacion de escuchar las quejas de todos: mas si á ellos se atiende, y en algo se les recompensa, nadie estará mas premiado que yo; pues por lo que toca á los gastos que he podido hacer con ellos, han salido de las liberalidades de V. A., por cuyo servicio expendere todo lo que tengo, hasta quedar *en el fuste de Gonzalo Hernandez.*"

Con esta carta envió juntamente á pedir su licencia para salir de España, y irse á vivir á su estado de Terranova. Demanda imprudente, pues de nada estaba mas lejos Fernando que de

consentirle pasar á Italia, de cualquier modo que fuese. Respondió empero á sus primeras quejas con razones suaves; diciéndole que el Papa era la causa de haberse sobreseido en la empresa, pues no queria ya contribuir al pago del ejército, como se habia obligado; y en cuanto á la licencia le añadía, que llevando unos poderes tan amplios como se le habian dado para la guerra y la paz, tales como el mismo Príncipe los llevara, si allá fuera, no parecia conforme á razon que él se presentase en Italia antes de tener arregladas las cosas con aquellos Príncipes: que por esto le parecia que debia ir á descansar á su casa en Loja; y que entretanto se tomara asiento en las cosas de la liga, y le avisaria lo que se determinase. Gonzalo, habida esta respuesta, devolvió al Rey sus poderes, diciendo, *que para vivir como ermitaño poca necesidad tenia de ellos; y añadió, que él se iria á sus agujeros, contento con su conciencia y con la memoria de sus servicios.*

Con estas demostraciones de resentimiento no era fácil que dispase las siniestras impresiones de Fernando, ni que suavizase su mala voluntad. Pidió sucesivamente dos encomiendas de la orden de Santiago, y se las negó; y á las cartas que el Emperador Maximiliano le envió, proponiéndole que diese el cargo de todas las cosas de Italia al Gran Capitan, contestó: que en ninguno podia confiarse menos que en aquel caudillo, del cual tenia por cierto que trataba secretamente con el Papa, para



pasando á Italia tomar el cargo de general de la Iglesia, y arrojar de aquel pais á todos los extranjeros, asi españoles como alemanes y franceses, y que en recompensa el Papa le habia ofrecido el ducado de Ferrara. Esta sospecha es igualmente injuriosa á la lealtad de Gonzalo que gloriosa á su capacidad: y Fernando, segun la costumbre de los hombres suspicaces, daba por supuesto todo lo que en su imaginacion lisiada se presentaba como posible. Decia tambien que los servicios de Gonzalo habian sido públicos, y sus ofensas secretas; sin duda pára conciliar el honor con que le trataba en público, y el disfavor y estorbo que ponía á su engrandecimiento, con que tenia escandalizada á toda España.

Mas fundados quizá fueron los temores que le atosigaban respecto de su regencia. La Grandeza estaba dividida en dos bandos, uno que queria el gobierno de Fernando, á cuya frente estaba el Duque de Alba; otro de los que descontentos con él, volvian sus ojos y sus esperanzas á la corte de Flandes, y aspiraban á traer á España al Príncipe heredero, para que administrase los reinos de su madre, y lanzar otra vez al Rey de Aragon á sus estados. El alma y cabeza de este partido se creía que era Gonzalo: ya se decia que á la primera ocasion daría la vela desde Málaga, y partiría á Flandes para traer al Archiduque, y ponerle en posesion de Castilla; por lo cual se dieron órdenes para que no saliese buque ninguno de aquel

puerto, y aun se añade que ya se habian dado para prenderle <sup>1</sup>.

Él entretanto, doliente y moribundo, salió de Loja, y se hizo llevar en andas por los contornos de Granada, á ver si la mudanza de aires cortaba las cuartanas tenaces que le apretaban. En los dos años que habian mediado desde su última ocurrencia, habia permanecido firme en su posicion, sin abatirse nunca, y dando á su resentimiento la misma publicidad que tenia su disfavor. Púsose el Rey malo, y no le fué á ver, diciendo que no quería se atribuyese á lisonja, *que era la moneda que menos queria dar y recibir*. Llamóle Fernando para un capitulo de las órdenes militares que habia de celebrarse en Valladolid; y no quiso asistir, dando por razon que S. A. tendria á mayor servicio su falta que su presencia. En aquellos últimos dias de amargura y soledad se le oyó decir, que solo se arrepentia de tres cosas en su vida: una la de haber faltado al juramento que hizo al Duque de Calabria cuando la rendicion de Taranto: otra la de no haber guardado el salvo conducto que dió á

<sup>1</sup> En la vida de Marco Bruto de Quevedo pueden verse las instrucciones dadas por el Rey Católico sobre este negocio al alcaide de la Peza Francisco Perez de Barradas. La órden de prision está allí concebida en términos muy generales, y para el solo caso de que el Gran Capitan tratase de embarcarse en unas naves de Niza, que se decia habian de venir á Málaga con este objeto. Estos monumentos son curiosos, y manifiestan bien la agitacion y sospechas que turbaban el ánimo del Rey. Sus fechas son el 14 de agosto y el 7 de octubre de 1515.



César Borja; y la tercera una que no quería descubrir. Creyendo algunos que fuese la de no haber puesto á Nápoles bajo la obediencia del Archiduque; otros el no haberse aprovechado él mismo del favor de la fortuna, y de la afición que le tenían los Barones y los pueblos, y haberse hecho Rey de aquel estado.

Sea de esto lo que fuere, él llegó á Granada, y la enfermedad, que por su naturaleza no era muy grave, hecha mortal por la edad y las pesadumbres, acabó con su vida el día dos de diciembre de 1515. Su muerte apaciguó las sospechas del Rey, y acalló la envidia de sus enemigos. Vistióse Fernando y toda la corte de luto: mandó que se le hiciesen honras en su capilla y en todo el reino, y escribió una carta afectuosa, dándole el pésame, á la Duquesa viuda. Celebráronse sus exequias con toda pompa en la iglesia de San Francisco, donde fué depositado antes de pasarle á la de San Gerónimo, donde yace; y doscientas banderas y dos pendones reales que adornaban el túmulo, tomadas por él á los enemigos del estado, recordaban á los afligidos concurrentes la gloria y los servicios del Gran Capitan.

## APÉNDICES

### À LA VIDA DEL CID.

Los autores que principalmente se han seguido en esta narracion son Sandoval en sus *Cinco Reyes*, y Risco en la historia que ha publicado del Cid. Estos dos escritores han dado á los hechos del héroe burgalés mas verosimilitud, mas conexión y concierto con la historia general del tiempo y con la cronología. No ignoro las dudas y objeciones que Masdeu ha acumulado en el tomo 20 de su *Historia crítica de España*, así sobre la existencia del códice, donde está el antiguo manuscrito producido por Risco, como tambien sobre la del Cid mismo; pero á veces no se prueba nada por querer probar demasiado. El códice estaba extraviado al tiempo que Masdeu se hallaba en Leon: despues ha parecido; y me consta que en julio del año de 1806 se hallaba en la Biblioteca del real convento de

San Isidro de aquella ciudad, donde Risco le halló. Los caracteres con que está escrita la vida del Cid, de cuyas primeras lineas he visto una copia exacta, manifiestan, segun el dictámen de inteligentes, ser del siglo XII ó principios del XIII. Mas, dejando estos puntos de controversia á la pluma encargada de defender la buena memoria de Risco, yo me contentaré con decir que Rodrigo Diaz es un personaje muy principal de nuestra historia, y que he debido escribir su vida segun las relaciones mas probables.

Doce años despues de la publicacion de estas vidas salió á luz la *Historia de la dominacion de los árabes en España* extractada de diferentes autores árabes por el difunto don José Antonio Conde; y aunque en muchos de los sucesos particulares no convengan sus re-